



Por la autora de *El color del silencio*

ELIA BARCELÓ

La noche de plata

«Una trama sólida e intrigante.

Una comisaria con poderosas razones privadas para investigar.

No se le puede pedir más a una buena novela negra.»

Alicia Giménez Bartlett

Vuelve Elia Barceló con una trama policíaca, situada en un mundo lleno de cotidianidad pero nunca trivial, con una protagonista fuerte y auténtica.

La novela más ambiciosa de la autora desde *El color del silencio*.

Más de 250 000 ejemplares vendidos en España de la obra de Elia Barceló.

Viena 1993. Una niña desaparece en un mercadillo de Navidad.

Viena 2020. La policía encuentra un esqueleto infantil en el jardín de una casa de las afueras.

Carola Rey Rojo, especialista en secuestros y homicidios infantiles, y madre de la niña desaparecida veintisiete años atrás, ahora en excedencia de la policía española, vuelve a Viena con el encargo amistoso de deshacer la biblioteca de un marchante de arte recientemente fallecido. Junto con su amigo y colega, el inspector-jefe Wolt Almann, se verá envuelta en una trama que pondrá en evidencia que nadie es lo que parece y que uno nunca acaba de conocer a los demás, ni siquiera a sí mismo. Lo que parecía un *cold case* se complica cuando, ahora que todo parecía casi definitivamente superado, otra niña desaparece en el mercadito de Navidad de la ciudad imperial de Viena, la esplendorosa ciudad de la música y el arte que oculta tras las fachadas de sus bellas casas los más oscuros secretos.

Índice de contenido

Cubierta

La noche de plata

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

CAPÍTULO II

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

1

2

3

4

5

6

7

8

9

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

CAPÍTULO II

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

CAPÍTULO III

1

2

3

4

5

6

7

EPÍLOGO

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[GLOSARIO DE TÉRMINOS AUSTRIACOS](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[Sobre la autora](#)

LA NOCHE DE PLATA

Elia Barceló

VIENA, 1993

Una niña española desaparece en un mercadito de Navidad.

VIENA, 2020

La policía encuentra un esqueleto infantil en el jardín de una casa de las afueras. Es el comienzo de algo peor.

Carola Rey Rojo, especialista en secuestros y homicidios infantiles, y madre de la niña desaparecida veintisiete años atrás, ahora en excedencia de la policía española, vuelve a Viena con el encargo amistoso de deshacer la biblioteca de un marchante de arte recientemente fallecido. Junto con su amigo y colega, el comisario Wolf Altmann, se verá envuelta en una trama que pondrá en evidencia que nadie es lo que parece y que uno nunca acaba de conocer a los demás, ni siquiera a sí mismo.

Lo que parecía un *cold case* se complica cuando, ahora que todo había quedado casi definitivamente atrás, otra niña desaparece en un mercadito de Navidad de la ciudad imperial de Viena, la esplendorosa ciudad de la música y el arte, que oculta tras las fachadas de sus bellas casas los más oscuros secretos.

Hace veintitrés años, en 1997, fui invitada por primera vez a la Semana Negra de Gijón, el primer festival de género negro que existió en España, como autora de ciencia ficción. En una de las excursiones que se organizaban, tuve la suerte de participar en una tertulia sobre el crimen, real y literario, y a lo largo de esa conversación a varias bandas, Paco Ignacio Taibo II, director de la Semana Negra, y yo coincidimos en muchas opiniones, pero sobre todo en que ambos pensábamos, y seguimos pensando, que no hay peor crimen ni que merezca mayor castigo que el cometido contra niñas y niños.

En aquel entonces yo no habría sido capaz aún de escribir esta novela; mi campo era la literatura fantástica, aunque siempre he admirado profundamente a los autores de género negro.

Hoy, por fin, puedo aportar mi visión sobre aquel tema en una novela híbrida, como todas las mías, pero mucho más negra de lo que quizá se espera de mí.

Esta novela es para ti, Paco, compañero y amigo.

Y por supuesto, para vosotros, mis fieles lectoras y lectores, que me permitís que os lleve de viaje conmigo cada vez a un lugar, a unos personajes, a unos conflictos. Sin vosotros, esto no tendría ningún sentido. ¡Gracias!

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

1

El cadáver había sido enterrado al pie de un roble enorme, lo que hacía que su tamaño pareciera incluso más pequeño, por contraste. Solo quedaba el esqueleto, profundamente hundido en el barro, junto con hojas muertas de muchos otoños, largas lombrices blancuzcas que se movían perezosamente sobre la tierra y trozos de corteza en descomposición. Los huesos eran lisos, suaves, dispuestos en posición fetal, casi como si lo que el equipo acababa de sacar a la luz fuera parte de una excavación arqueológica y no un crimen reciente. Aunque decir reciente era relativamente generoso, pensó Altmann, porque aquello debía de haber sucedido al menos diez o veinte años atrás, si todo rastro de carne había desaparecido.

Era evidente que se trataba de un niño o una niña, posiblemente entre los seis y los diez años, y a simple vista — hasta que no lo confirmaran los equipos científicos— parecía que había sido enterrado desnudo, porque no se apreciaba ningún resto de tela, ni zapatos, ni ningún otro accesorio que pudiera darles un hilo del que tirar. Lo iban a tener difícil.

Sin poder evitarlo, pensó en Carola, su compañera española, especialista en delitos contra niños. Hacía siglos que no tenía contacto con ella, salvo los mensajes de buenos deseos por Navidad. Quizá debería llamarla, preguntar cómo le iba a ella con sus casos, ver de encontrarse en algún momento.

Volvió la vista hacia los pobres restos de debajo del árbol, notando cómo la rabia de siempre empezaba a subirle desde el estómago. ¿Cómo puede alguien hacerle eso a un

niño pequeño? Los rostros de sus dos nietos aparecieron en su mente con toda claridad. Si alguien le hiciera daño a uno de ellos... apretó los puños negándose a seguir pensando en esos términos. Ahora quien reclamaba todo su interés y su experiencia era aquella pobre pequeña víctima que acababan de encontrar en el jardín de una casita en las afueras de Viena.

Según las primeras informaciones que le habían pasado los agentes, los nuevos dueños habían querido rodear el gran roble de bulbos de narcisos y tulipanes para que se abrieran esplendorosamente en primavera y, al cavar al pie del árbol, habían encontrado primero el cráneo del niño. Luego habían llamado a la policía y habían sido ellos quienes habían sacado a la luz el esqueleto entero, que aún se hallaba en la tierra y que pronto sería trasladado al Instituto de Patología Forense.

Esperaba que su amigo Hofer no se hubiese ido ya de vacaciones y pudiera encargarse del caso. Le sonaba que había dicho algo de tomarse una semana libre y, aunque la otra forense, Inge Schulz, la alemana, también era buena, prefería trabajar con Karl Hofer, a quien conocía desde que había estado destinado en Innsbruck y Karl todavía iba al instituto. Ahora los dos eran hombres mayores, él mismo a punto de jubilarse y Karl ya con hijos que se habían ido a estudiar a otras ciudades.

Con un gesto de cabeza hacia el jefe del equipo, se apartó del roble y se dirigió a la casa, donde, en la cocina, esperaba el matrimonio, como les habían pedido.

—Comisario Wolf Altmann —se presentó, tendiéndoles la mano, que ambos estrecharon—. ¿Me permiten unas preguntas?

—Por supuesto —dijo el hombre, fuerte y rechoncho—, siéntese, haga el favor.

—¿Un café? ¿Un té? —preguntó la mujer, frotándose las manos como si tuviera frío.

—Lo que tengan hecho, gracias. —Sus ojos siguieron la mirada de la mujer hasta la tetera humeante que había sobre la encimera—. Un té está bien.

Se sentaron en los bancos enfrentados de la mesa de la cocina. La pareja —Franz y Maria Tomaselli— en uno, el policía en el otro. Todo era nuevo y brillante, de un estilo alpino que a Wolf no le había gustado nunca, pero que casaba a la perfección con las personas que lo habían elegido.

—Me han dicho que viven en esta casa desde hace un par de meses... —comenzó Wolf.

Contestó el hombre:

—Sí. Cuando nos jubilamos, decidimos vender el piso que teníamos en el centro y que habíamos heredado de los padres de Maria, y buscar una casita con jardín. Siempre nos ha gustado la jardinería. Durante muchos años tuvimos alquilado un *schrebergarten*, ¿sabe?, así que tenemos costumbre, y ahora por fin, un jardín propio.

—Estábamos contentísimos de poder plantar nuestros bulbos por todas partes y yo ya me imaginaba el roble esta primavera rodeado de tulipanes rojos —intervino Maria—, pero ahora... no sé... —Empezó a menear la cabeza con pesadumbre. Era una mujer delgada, fibrosa y que parecía fuerte. Su rostro estaba surcado de arrugas y su piel era como la de un marino o un agricultor, con esa cualidad de cuero que adquieren las caras de la gente que pasa mucho tiempo al aire libre.

—¿Quién era el anterior propietario?

—No lo sabemos. Parece que la casa estuvo a la venta mucho tiempo en la inmobiliaria porque estaba en muy mal estado y había que invertir mucho en ella. Nos dijeron que el propietario original murió y luego la heredó un sobrino nieto que vive en el norte de Alemania y la puso en venta sin verla siquiera. Si quiere, puedo ir a buscar los papeles de la venta.

—Y apúnteme el nombre de la inmobiliaria, por favor.

Tomaselli salió de la cocina.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí? —preguntó el comisario a la mujer.

—¿En la casa? Desde junio. Y desde entonces no hemos parado con obras y gente entrando y saliendo. Y ahora... esto.

—Lo siento, señora. Sé que la policía siempre es un incordio, pero no podemos hacer otra cosa.

Ella se encogió de hombros y dio un sorbo a su té.

—Supongo que han cavado y removido el jardín en el tiempo que llevan en la casa.

—Sí, claro. Estaba hecho una selva. Hemos quitado casi todo lo que había y hemos arreglado parterres y sembrado césped. No hemos encontrado nada más. Les habríamos llamado.

—Estoy seguro de ello. ¿Han hecho también obras en el sótano?

—Esta casa no tiene sótano. Hay un trastero al fondo del jardín, para herramientas y cosas así, pero está directamente en el suelo.

—Le echaremos una mirada. ¿Y el resto de la casa? ¿Queda algo de la estructura original, o lo han cambiado todo? —Echó una ojeada apreciativa a la cocina, toda de madera en un estilo casi tirolés. A la mujer se le escapó una leve sonrisa de orgullo.

—Las paredes exteriores son las mismas. Hemos movido algunos tabiques porque las habitaciones eran muy pequeñas y, como nosotros solo somos dos, no necesitamos más que nuestro dormitorio y uno de invitados, para cuando viene algún hijo, aunque no pasa mucho.

—¿Y los muebles o las cosas del antiguo propietario?

—Cuando nos la enseñaron ya estaba vacía. ¡Menos mal! Yo no tengo bastante imaginación para figurarme cómo podría quedar de bonita una casa que está llena de trastos viejos y muebles de otro. Y nos hubiera tocado a nosotros deshacernos de ellos...

—O sea, que del antiguo dueño no queda nada.

La mujer movió la cabeza en una negativa. En ese momento, su marido llegó con los papeles. Altmann los fotografió con su móvil, copió la dirección de la inmobiliaria y se despidió de ellos.

El caso no pintaba bien. Iba a ser difícil seguir el rastro después de tanto tiempo, pero cosas más difíciles había hecho. Cuestión de paciencia y de insistir, como casi todo en la vida.

Fue un alivio salir de nuevo al aire libre; no se había dado cuenta cuando estaba en la cocina, pero toda aquella madera —en el techo, en los armarios, en la sólida mesa a la que habían estado sentados— había empezado a agobiarlo. Era un precioso día de principios de otoño, de cielo claro con un toque frío que anunciaba el invierno, aunque aún estaba lejos. Las hojas de los árboles habían empezado a mudar de color y las hayas estaban espectaculares, igual que un grupo de alerces violentamente amarillos en el jardín vecino.

Si aquel niño enterrado al pie del roble no se hubiese encontrado con su asesino, ahora tendría veintitantos o treinta y tantos años, estaría en lo mejor de la vida, disfrutando también de los colores del mundo.

Aunque... quizá estaba yendo demasiado deprisa. Quizá no se tratara de un asesinato, sino de un accidente. Quizá alguien —¿el dueño de la casa?— se había encontrado de pronto en la situación de que su hijo, o su nieto, o alguien muy cercano tiene un accidente mortal en la casa, un accidente del que él se cree culpable, y en lugar de llamar a la ambulancia y a la policía, lo entierra en el jardín para evitarse problemas.

Pero ese niño iría a una escuela. Habría preguntas cuando no apareciera varios días seguidos. Tendrían que preguntar en todas las escuelas de la zona en cuanto supieran con mayor precisión de qué época se trataba, cuántos años llevaba aquel pequeño enterrado bajo el roble, que se había estado alimentando de él durante mucho tiempo.